

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 30 de Noviembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: José Ingenieros, por Miguel Angel Asturias.—Poesías, por Carlos Préndez Saldías.—*El idolo amarillo*, por Luis de Zulueta.—*La herencia de Zulen*, por Jorge Basadre.—*El alma del conquistador*, por Leopoldo Lugones.—*Palique*, por Eugenio d'Ors.—*Pepita y Don Juan*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—*Noches syracusanas*, por Roberto Brenes Mesén.—*¿Qué es antes? ¿la escuela o el maestro?*, por Luis Bello.—*El progreso de los estudios históricos en América*, por Francisco García Calderón.—*Lírica puertorriqueña*.

ME acerqué a José Ingenieros con cierto temor, con el cierto temor y poco entusiasmo con que me acerco actualmente a las maravillas del mundo, después de haberlas visto en fotografía o en postal. Estoy, no sé cómo estoy, pero me han defraudado las maravillas y las celebridades. Dejemos esto para seguir con Ingenieros. La impresión que hace Ingenieros es totalmente distinta de la que se figuran los que se lo saben con panza de catedrático y anteojos. Nada de eso. Ingenieros da la impresión de un buen hombre. Un hombre que dice malas palabras y cuenta historias anecdóticas picantes. A su figura agradable y cuarentona une una manera de hablar corriente y sabrosa. En su conversación no hay ideas madres ni giros rebuscados. Habla como beber agua, familiarmente. A cada instante sonríe, última coquetería que le queda de su juventud, de cuando era enamorado y escribía crónicas de viaje y elogios floridos a Eleonora Dusse. Quería decir, si no lo he dicho, que el maestro es simpático, sencillo, humilde, poblano.

¿Cómo le conocí? Pues por casualidad. Le conocí en una reunión de estudiantes e intelectuales hispano-americanos. Sucedió que, como cumplido latino, llegué a la sesión pasada la hora, cuando ésta había principiado, cuando mis amigos y colegas discutían acalorados, desatentos e inquietos. Ocupé silenciosamente una silla al lado de un señor a quien no recuerdo haber visto con atención,



José Ingenieros,
su obra, sus opiniones y su personalidad

tan vulgar me pareció su figura, y quise enterarme de lo que se trataba para poder discutir y opinar, pues jamás me han gustado los papeles decorativos. El señor a que me refiero fué consultado varias veces. Uno de los oradores al dirigirse a él le llamó maestro y hasta después, en uno de los giros de la discusión, otro agregó su nombre: Ingenieros. Inmediata-

mente me dí cuenta de que era el maestro e inmediatamente le saludé, creyendo de mi obligación en aquel saludo afectuoso agradecerle los caminos que alumbró a mis días de estudiante, cuando leí sus principales obras.

Desde aquella tarde frecuenté su casa, pasé a su lado inolvidables horas y con él visité algunos rincones de París. Bien pronto me dí cuenta de que era enemigo a muerte de los periodistas que trataban de entrevistarle y me abstuve de acercarme a él como periodista. Quiere decir que estas impresiones son de carácter más íntimo. En ellas no hay glotonerías de periodista preguntón. Se trata de conversaciones tenidas a lo largo de una calle, en una sala, visitando una pequeña iglesia del barrio latino, bebiendo una taza de café de sobremesa, etc. Ingenieros no me perdonaría jamás que hiciera esto como periodista y de ahí que lo haga como discípulo, enamorado de su optimismo y de su amor por las nobles empresas. Y hay algo más, al hacerlo no trato de dar divertimento a un centenar o a muchos centenares de pobres gentes, sino de llevar a la ju-

ventud de mi país el entusiasmo siempre joven del más joven de los maestros de América, del que los ha ayudado al desfloramiento espiritual leyéndolo: a dar los primeros golpes contra las divinidades y los ídolos levantados en escuelas y enseñanzas grises sobre mentiras y fábulas dañosas. ¡Que los jóvenes a través de lo que aquí digo de José Ingenieros

se apliquen a conquistar su tiempo, echando, como lo hace la naturaleza con las células trabajadas y trabajadas, a golpes, si es necesario, a los viejos momificados e indiferentes!

Algunas veces y con algunas personas que le saludaban al pasar o le visitaban en su casa, la conversación obligadamente recaía en América. El maestro sin preámbulos decía: —Los jóvenes que tienen menos de treinta años son los llamados, son los únicos que por corresponder a este nuevo tiempo pueden gobernar y componer aquello. Desgraciadamente, la mayor parte de América está en manos de los viejos.

—Sí, me decía después, los viejos que se vayan a su casa...

—Maestro, le argüía, ¿y su experiencia?...

—No sirve de nada porque es experiencia de *avant-guerre*, porque su experiencia de métodos, por ejemplo, vive otro tiempo, el viejo tiempo hundido en la hecatombe de Europa, para siempre y por fortuna. Los nuevos sistemas, la nueva forma de ser de las sociedades que ahora rompen el cascarón como los pollitos, no ha menester de la experiencia de los que ya están muertos. Los viejos para mí están muertos. No cuentan, no valen, no sirven para nada en este siglo xx. Que se vayan a su casa; es lo mejor que pueden hacer...

Bebiendo una taza de té, un amigo le pregunta a quemarropa:—¿En qué ala de la política se encuentra, maestro?

—Soy izquierdista por convicción. En la vida hay que ser izquierdista o derechista. Los que se acomodan en términos medios no me interesan, como no me interesan los que se abstienen de actuar en la política. Yo simpatizo con lo que es vivo y militante, con lo que significa movimiento. Personalmente, por ejemplo, no me gusta la pintura futurista, pero creo que todos los pintores jóvenes deberían empezar para vivir su tiempo, por ser futuristas. Si a los veinte años se es académico, *pompier*, es como principiar en la sepultura. Mi deseo es que el mundo se renueve sin cesar, soy heraclítico. Detenerse es morir. Es necesario que los hombres de ideas estén en marcha y no en actitud de impedir que los demás anden.

—¿Cree, maestro, que la revolución rusa consiguió sus fines?—pregunto yo.

—Ninguna revolución ha conseguido todos los fines que se proponía al estallar; sin embargo, todas establecen las bases de un nuevo régimen. El éxito de la revolución rusa fué limitado porque no se extendió a Alemania, pero en la historia de la

humanidad no se registra otro grupo revolucionario tan coherente y estable.

—En el orden de las ideas yo creo que triunfaron—, atreví.

—Sí y no.

Iba a continuar, pero alguien le habló de otra cosa y la conversación resbaló blandamente a propósito de faldas, de amores y amoríos.

Leyendo un periódico, me decía el maestro en otra ocasión, una de las últimas mañanas de junio:—Aquí en Francia acabarán por un golpe de estado. Los militares, los comunistas, los clericales o los monarquistas, qué sé yo, pero Francia no podrá salir de su catástrofe económica con gobiernos de politiqueros sin carácter y, lo que es peor, que no saben a dónde van. Tiene muchas deudas y a diario las aumenta por sus fantasías imperialistas que requieren mantenimiento de ejércitos en el extranjero. Por este camino dentro de cincuenta años no habrá pizarrón en el que pueda escribirse la cifra de sus deudas, porque serán muchos ceros, muchos ceros.

—Y usted, señor Ingenieros, le dijo no sé quien, un periodista creo, ¿no tiene obras en preparación?...

El maestro sonrió y piadosamente le repuso:—No.

Cuando el periodista se había marchado, me dijo riendo muy satisfecho:

—Tengo varias de sociología, pero ahora no es tiempo de hablar de eso.

—¿Tiene algunos trabajos de sociología netamente americana?—vino a preguntarle otro, y el maestro sonrió y dijo:—No.

—Sí tengo, me dijo cuando el señor periodista se había marchado casi con un puertazo en las narices.

—¿Cree usted que el socialismo sea importable a América?—le espió un anarquista argentino, muy simpático y muy joven.

—No; imposible lo creo—repuso Ingenieros.

Esta vez sí no estuve de acuerdo y hube de argumentar, hube de encenderme recordando la masa inmensa de hombres que bajo la presión de las democracias capitalistas de nuestra América, organizadas en nombre de una autoridad que no existe, sufren y trabajan cada día hasta su muerte amasando capitales que señores de mucha manga y ninguna moral, vienen después a malgastar a Europa, pagándose el lujo de vivir como los más, entre una corte de prostitutas brillantes y de caballeros de industria que los explotan casi siempre. El problema social de América está por resolverse y tiene que resolverse en lo que falta de este siglo. Y aparte de eso, antes de ir al pueblo, principiará la revolución por demoler las ruinas metafísicas y

teológicas de una veintena de democracias vaciadas en moldes liberales, las más adelantadas; y por tirar de sus tronos de lodo: a Gómez, en Venezuela y a Leguía, en el Perú. Hay que remover muy hondo, muy hondo. Hay que arrojar contra los que nos creen en el mejor de los estados sociales, porque al amparo de él logran una vida miserable de burgueses pequeños o ganan dineros (el verbo ganar en el sentido capitalista), verdades como montañas, gritar y maldecir para que los opresores ni en sus agonías de perros tengan esperanza de perdón. Las *zafras* argentinas, en Tucumán, las *fazendas* brasileñas, los *yerbales* paraguayos, los *rotos* chilenos, los *pelados* mexicanos y los *indios* de Guatemala, ¿qué son sino parias esclavos explotados por una partida semicivilizada de explotadores?... Nunca he estado más lleno de energía para decir todo lo que pensaba y nunca lo pude haber dicho mejor. Sentía con mi sangre y con el alma lo que en América sucede.

—Sí, maestro, sí, hay problemas sociales y el socialismo es planta de fácil trasplante. La juventud de América en su mayor parte es socialista, es comunista, es anarquista, sin saberlo a veces, y tiene que acabar con lo caduco, representativo de las pasadas épocas en que había igualdad entre los hombres, igualdad política, pero no igualdad económica.

La última vez que le ví, le preguntó un diplomático sudamericano su opinión sobre la guerra del Rif, y contestó:—La revolución francesa, la americana y la rusa significan lo mismo que la rifeña. Todo latinoamericano que no sea partidario de Abd-El-Krim, me parece contagiado e inoculado de imperialismo. Yo sufrí palos cuando niño por defender a Maceo que no era, como ustedes saben, ni un científico estragado ni un hombre de letras. Maceo fué en Cuba lo que hoy Abd-El-Krim en Marruecos. No digo el hombre, digo la idea. La teoría de Inglaterra, Francia, España e Italia para introducirse en Marruecos, es la misma que practican los Estados Unidos en Latinoamérica. Esto es hablar con una claridad que no pueden usar los diplomáticos. La posición de Abd-El-Krim frente a Europa es la misma de los países de América frente a los Estados Unidos.

Fatigaría al lector si fuese a contar en una sola pieza las interesantes opiniones que oí dar a Ingenieros. Mi propósito no es sino traducir en estas líneas el sentimiento que en mi espíritu dejó el hombre, ya que antes sus libros me habían inspirado un sano optimismo, un deseo reno-

vador, destructor de viejos moldes y constructor de tiempos nuevos. En Ingenieros el hombre y la obra están de acuerdo. Los que la han leído le conocen. En las páginas de sus libros dejó sus mejores años, sus mejores anhelos. Sus libros han orientado el pensamiento de las nuevas generaciones, pues, sin que este sea una crítica o un elogio pagado, los libros de Ingenieros tienen la virtud de despertar en sus lectores un sentimiento de investigación, una curiosidad científica, una necesidad de saber más allá de la fe ciega que no sabe nada. Dejo para otra ocasión un ligero estudio sobre su obra y algunas olvidadas notas de lo que además de lo escrito le oí decir y le ví hacer.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1925.

(De *El Imparcial*, Guatemala).

El 26 de setiembre pasado, las redacciones de Nosotros, Sagitario y Renovación, agasajaron con una comida en el restaurant MARTÍN a José Ingenieros, que por entonces regresaba a Buenos Aires de su viaje a Francia y a México.

Mesa de amigos tendida para agasajar al hombre menos solemne y protocolar del mundo, hubo en ella la llaneza y cordialidad más simpáticas. Los comensales fueron más de ochenta, y representativos de los más diversos sectores de la opinión.

Ofreció la demostración en nombre de Nosotros, nuestro admirado amigo Roberto F. Giusti, con estas palabras sencillas:

Los amigos de *Nosotros* me han recordado mi deber de hablar en esta comida, y lo cumplo con verdadero placer, sintiéndome honrado con la designación. Sobre todo que voy a pura ganancia: como amigo de José Ingenieros me doy la satisfacción de poderle decir, con esa franqueza que permite la cordialidad de estas horas, las muchas cosas buenas que de él pienso y que en la intimidad, por discreción o timidez, callo; y como orador, no estoy obligado a intentar exceder mis débiles fuerzas, al contrario, sí pretendiera hacerlo, Ingenieros no me lo agradecería, pues siempre ha desdeñado, teóricamente y en la práctica, que se convirtiese la mesa del banquete en tribuna, y el brindis en panegírico.

De no ser así, no hubiera aceptado tanta responsabilidad, porque confieso que no me sería fácil decir ni en pocas ni en muchas palabras, cuanto debe decirse de nuestro amigo: qué es, cuál es su obra, qué le debemos. Otros, en su caso, — ¡oh sin duda con menos merecimientos! — no excusarían en mis labios el vocablo *ilustre*; él, modesto

y escéptico, ciertamente prefiere que a ellos no asome el alto calificativo que un entero continente une a su nombre.

Si hablara del hombre de ciencia y del pensador, estaría obligado a hacerlo detenidamente de numerosas obras, no pocas medulares, que han dado autoridad a la Argentina, en Europa y en América, en el campo de la psicología normal y patológica, de la criminología, de la sociología y de la historia. Si hablara del espíritu generoso a quien nunca dejaron indiferente los anhelos de liberación de la humanidad de todo prejuicio y toda servidumbre moral y material, estaría obligado a hacerlos la historia del progreso de las ideas en la Argentina y en el mundo en este cuarto de siglo, debería examinar nuestro movimiento socialista, las vastas acciones de emancipación humana de que hemos sido y somos testigos, los ideales democráticos americanos que van definiéndose en el seno de la vieja civilización latina, aunque contraponiéndose a sus formas caducas, pues de todos ellos ha sido Ingenieros obrero y vocero prestigioso y coherente por encima de las que pudieran parecer contradicciones.

No; yo sólo he de hablar del hombre y del amigo. Del hombre, uno de esos escépticos y burlones que suelen darse en nuestros tiempos fluctuantes y contradictorios, capaces sin embargo de someterse desinteresadamente a cualquier prueba, de jugarse enteros por un ideal; si ambiciosos, no de otra cosa sino de que el mundo, por su esfuerzo esclarezca sus ideas y se eleve moralmente. Del amigo, uno de los mejores, de los poquísimos que he conocido, siempre pronto y dispuesto a aconsejar, a estimular, a ayudar. Quienes lo tratan y lo quieren, saben que podrán chocar con él una y mil veces, pero que nunca se le encontrarán enfrente (ni nadie, ni aun sus enemigos), rencoroso, envidioso, amargado. Su casa, su mano, su corazón, están abiertos a cuantos a él se acercan sin injustificados recelos.

Por todo ello, *Nosotros* se ha asociado cordialmente a esta demostración, cuya razón y significado los declaran la magnitud de la misma y la calidad de los asistentes. A sus directores nos regocija agasajar al amigo que vuelve de México, donde se le ha hecho justicia acaso con más plenitud que en su patria; y como representantes de una revista de cultura nos es grato honrar al claro talento, al prosista medido y elegante, al hombre de ciencia, al historiador de las ideas argentinas, al infatigable editor, para el pueblo, de nuestros pensadores y escritores, y al animoso defensor de todo noble ideal en días que a la caza del peso, del poder, del prestigio y de la efímera reputación se pospone cualquier otro sentimiento y propósito.

(*Nosotros*, Buenos Aires).

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Luna nueva de Enero

Luna nueva de Enero
que apenas roza el valle.

Un silencio la noche
transparente, suave.
El viento, como un pájaro,
se ha dormido en los árboles.

En tus ojos, amada,
pienso, y no ha de saberlo
nunca nadie.

Junto al río sonoro

Junto al río sonoro,
—río que yo cantara—
tu cabecita de oro
hace nido en mi cara.

Hablas.—Si me dejara
llevar por la corriente
¿hasta dónde llegara?
Y te digo sonriente:

A una playa lejana
sin brisa marinera,
sin noche ni mañana.

Y en las arenas grises
corre el agua ligera
mirándonos felices.

Adiós a la montaña

Adiós cantar de la vertiente.
Oros quemados del trigal,
vaquera rubia adolescente,
el peregrino a caminar!

Adiós espinos de los cerros.
Adiós sonoro pedregal.
A la ciudad de humos y hierros
voy con mi verso de cristal.

(Un caminito hice en la selva
aminando al atardecer.
Con los años acaso vuelva...
Haz que lo pueda conocer!)

Adiós mañana montañesa
de neblina vaga y sutil.
Adiós rebaño. Adiós pureza
de la alegría pastoril.

Adiós mujer de la montaña.
Adiós labriego montañés.
Quieto refugio en la cabaña,
este es adiós de última vez!

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

Santiago, Chile.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

UN DISCURSO DE MAC DONALD

El ídolo amarillo

RAMSAY MAC DONALD, el ex-presidente laborista del Gobierno de Inglaterra, ha pronunciado un discurso en Liverpool. «¿Qué es el Socialismo?», se preguntó el orador. Y al tratar de definirlo, sus palabras trazaron la línea divisoria que separa en dos grandes corrientes toda la actividad social.

«El Capitalismo—vino a decir; el Capitalismo, término que no envuelve un sentido ofensivo, porque históricamente es digno de respeto, organiza a los seres humanos para fines materiales y económicos; el Socialismo organiza los recursos materiales y económicos para fines humanos.»

He ahí un concepto amplísimo, y a la vez, profundo. Cabe dentro de él no ya un partido, sino toda una orientación del pensar y del vivir. ¿Veremos en lo económico un simple medio para lo humano o rebajaremos lo humano hasta convertirlo en mero instrumento de la organización económica? ¿Debe la Humanidad subordinarse a la propiedad o debe la propiedad adaptarse a las conveniencias generales de la Humanidad? ¿El hombre es un siervo de la riqueza o la riqueza se produce y se distribuye para el servicio del hombre?

Responded con claridad, dentro de vuestra propia conciencia, a estas interrogaciones y habréis ya tomado posición en casi todos los problemas sociales.

Mientras Mac Donald hablaba con reposada voz, oírse, quizás, a lo lejos el tráfago cosmopolita del gran puerto británico. Una ciudad comercial como Liverpool, con sus inmensos docks y sus enormes fábricas, puede tomarse como un símbolo de toda nuestra actual civilización, mecánica, financiera, utilitaria. Dícese que en otros tiempos la hoy famosa urbe marítima comenzó a engrandecerse con el tráfico de esclavos. Hoy se aglomerarán sobre sus muelles los más varios productos y mercancías del Oriente y del Occidente, del Mundo Viejo y del Nuevo Mundo... ¡Cuánto tesoro del trabajo y de la industria!... Pero los seres humanos que allá, en remotos climas, recolectaron o elaboraron esas producciones, ¿podrán considerarlas como medios para la realización de sus propios fines espirituales, o serán, por el contrario, ellos mismos, personas humanas, quienes se vean utilizados como medios para la creación de la riqueza, en la que un ciego industrialismo materialista cifra la superior finalidad del Universo?...

Ya el propio Marx puso de relieve esa monstruosa subversión. El hom-

bre inventa la máquina para ponerla a su servicio. Mas, al cabo, es el hombre quien se convierte en servidor de la máquina. «Los medios de producción—leemos en *El Capital*—se han transformado inmediatamente en medios de absorción del trabajo ajeno. No es ya el trabajador quien los emplea, sino, al contrario, son ellos los que emplean al trabajador. En vez de ser consumidos por éste, como elementos materiales de su actividad productiva, lo consumen a él como fermento indispensable a la propia existencia de dichos medios de producción».

Hay una mercancía que sirve de tipo a las otras porque es intercambiable con todas ellas: el dinero. Es el dinero un medio universal. Pero no es más que un medio. Y se diría, a veces, que la sociedad humana ha cometido el pecado monstruoso de adorar la moneda como fin supremo, desdeñando aquellas finalidades ideales que dan a la vida valores de verdad y de belleza, de libertad y de justicia, e iluminan nuestros pobres esfuerzos cotidianos con un resplandor de eternidad. Esas finalidades ideales quedan olvidadas o han de replegarse a un segundo plano, como devotos acólitos, tras del ara de Mamón, el ídolo amarillo.

Y bien... Antes de entablar discusión alguna sobre los problemas sociales, debiéramos plantearnos sinceramente esa cuestión previa. ¿Cuál va a ser nuestro punto de partida? ¿Nos proponemos, en primer lugar, la realización de los fines humanos, una organización de la sociedad inspirada en la justicia, el florecer del arte y de la ciencia, la elevación de los espíritus, una vida serena, fuerte, entusiasta, armoniosa? En este caso procuraremos que en cada punto los recursos económicos, la propiedad, la producción y distribución de la riqueza, se organicen como mejor convenga para el servicio de esos ideales.

Es una actitud moral bien definida. Queda la otra. ¿Deseamos, por el contrario, en primer término, establecer o conservar un determinado régimen económico, una determinada organización de los medios materiales? Entonces, habiendo erigido los medios en fines, nos sentiremos fatalmente llevados a mirar los fines como medios, y consideraremos el trabajo humano como una mercancía y la persona humana como una mera herramienta para la creación de la riqueza. La Economía, la pura Eco-

nomía, indiferente al bien y al mal, reinará sobre la Tierra, colaborando unas veces, sin saberlo, al progreso moral, y precipitando otras veces a los pueblos en las peores iniquidades o en las más cruentas violencias.

Contaban en Ginebra que Mac Donald, al intervenir en un debate, dejó familiarmente sobre la mesa la pipa que llevaba en los labios y pronunció una oración tan sobria, tan concisa, que, al terminar, recogió su pipa de nuevo y continuó fumando su todavía no apagado tabaco. Verdadera o no la anécdota, lo cierto es que ahora, en Liverpool, el antiguo primer ministro, tras de ofrecer a la reflexión de sus oyentes el breve párrafo que hemos glosado, habría podido muy bien dar por concluido su discurso, juzgando que en tan cortas frases había condensado alguna idea fecunda... Recogiendo su pipa, saldría quizás a la calle y dejaría que, con el humo azulado, flotar en el aire sus libres pensamientos. La tenue nubecilla se perdería en la atmósfera oscurecida por el vapor de las calderas. Pero los pensamientos no se pierden ni aun en medio de la trepidación de las grandes ciudades fabriles. Si no se pierden hoy, menos se perderán mañana... «Yo vivo en el siglo xx, y mi espíritu en el xxi», había dicho también Mac Donald.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N.º 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

El afecto hace a estas palabras sospechosas de parcialidad y la discreción aconseja no decir las para no caer, además, en monocorde obstinación; pero me obliga el hecho de que van a la publicación que él creó para que esparciera su romántico amor por los libros¹ y cuidó con la limpieza y minuciosidad que puso en todas sus cosas. No es con lamentaciones excesivas como hay que recordarlo; que para comentarlas él tendría solo esa sonrisa seca de su desdén tan distinta a esa sonrisa ingenua que era su máximo gesto de afecto. Si hay algo de religioso en hablar de un amigo muerto, ha de tener una augusta elevación el juicio; y más si se habla de quien puso en el impulso primordial del fervor, la serenidad del intelecto.

Y hay que comenzar por decirlo desde aquí mismo, sin temores porque es la verdad. Zulen no llenó su obra de bibliotecario. El catálogo no está concluido; la clasificación de los libros está por hacerse; la biblioteca de la Universidad es todavía pobre en muchas materias y, sobre todo, en libros peruanos y americanos. La obra de Zulen no por eso pierde su trascendencia. Por eso la muerte fué tan artera esta vez: porque no se trataba de la consecuencia natural de una misión cumplida en cuyo caso la queja viniera sobre todo del hábito y de la incertidumbre, sino del tremendo estigma a un noble y puro mensaje todavía no llenado.

El valor primordial de esta obra de Zulen llegó a ser sólo el de haber sabido suscitar. Trajo a su oficina, que vegetaba casi desapercibida, ese ritmo febril de los más privilegiados centros de cultura e hizo de ella no un centro burocrático sino un dinámico instrumento. Incrementó considerablemente los libros, convirtiendo a la Biblioteca de la Universidad en la mejor del país en cuanto se refiere a la producción moderna. La conectó con la mayor cantidad de instituciones análogas, prestigiando a la Universidad en el extranjero y aquí mismo, donde hasta los peores enemigos de San Marcos reconocieron su obra. Propagó el amor a los libros por todos los medios e hizo del *Boletín* la mejor publicación de su género en América. Y así atrajo a la sala de lectura—que soñó trasladar al histórico y vasto General de San Carlos—de mil quinientos a dos mil lectores semanales. Todo lo hizo personalmente, usando hasta en

1. *Boletín Bibliográfico*. Publicado por la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Entrega de mayo de 1925; de la que hemos tomado este sentido artículo y el retrato.

La herencia de Zulen



Dr. Pedro S. Zulen
Bibliotecario de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.—1889-1925.

forma casi absoluta la autonomía de su poder. Y lo que fué en el régimen externo, fué en el interior de la Biblioteca. Dispuesto siempre a servir ampliamente al lector que solicitara lo justo fué, dentro de su respeto a la individualidad ajena, severo como jefe y ante las autoridades más altas, defensor obstinado de los suyos; sin dejar ni un momento por ser jefe, de ser amigo sencillo aunque sin excederse en aras de la amistad con complacencia ilegítima alguna.

Lo que hizo es poco para lo que pudo y quiso hacer; y es mucho para quienes admiran la laboriosidad y el fervor. Pero no sería dable olvidar las circunstancias que lo favorecieron. Favorecióle el aumento de las rentas de la Universidad. Y no sólo le favoreció, sino le dió la oportunidad de esta actuación y de su amplitud, la presencia en el Rectorado del Dr. Villarán, amigo y protector suyo desde una mañana lejana en que se asombrara de la inteligencia y de la erudición del chinito escuálido y pobre que el azar le hizo conocer. La Biblioteca y el departamento de educación física son dignos exponentes de la gestión del Dr. Villarán en el Rectorado.

Si algunas veces Zulen se extralimitó, fué por exceso de celo. Llegó a sobrepasarse en sus pedidos de libros, pero trayendo un material tan valioso cuantitativa como cualitativamente y queriendo, además, conseguir—la muerte no le dejó realizar este como otros muchos proyectos—

una donación como las que hiciera hacer varias veces, intentando romper con una tradición nacional al vincular a la riqueza con los centros de educación. Si se equivocó en su concepto sobre la misión preferente de la biblioteca—y eso habría que discutirlo en una ocasión mejor—lo hizo pensando en el bien común. Equivocado o nó, es evidente que el valor de la biblioteca se intensifica en países donde el librero es casi siempre un comerciante analfabeto; estando los centros de producción de la cultura en el mundo tan distantes; intensificándose el peligro del estancamiento entre los viejos y del amor irreflexivo por la novedad que la época actual hace incrementar entre los jóvenes; existiendo además tan pocos estímulos para la vida especulativa y pudiendo causar tan maléfica influencia espiritual, si es exclusivo, el profesionalismo a que la juventud de San Marcos tiende en su mayoría. Sin tener la superstición del Saber y de la Ilustración que culminara con el cientificismo ochocentista, hay que darle a la biblioteca, en cuanto abre una perspectiva a las virtualidades espirituales, un valor más efectivo en contra del paporreteo, del servilismo mental, de la enseñanza deficiente de las asambleas tumultuosas y las tachas personalistas.

Ni las críticas a sus pedidos porque daba excesiva importancia a la literatura, como si la Facultad de Letras no existiera y no tuviese el arte los privilegios que hay riesgo de inferioridad en negar; ni las críticas porque trajo demasiados libros en idiomas extranjeros como si no hubiese traído lo posible en castellano y no fuese la limitación a esas traducciones, tardías o malas, la propia condenación a la indigencia y el olvido de las minorías selectas que el estímulo puede aumentar, me parecen—dentro de la razón que tienen en algunos casos aislados—lo suficientemente justicieras para ensombrecer esta pacífica y magna revolución que Zulen inició. Llega a tener algo de sagrada su misión al dar la oportunidad al estudiante pobre de encontrar el libro caro, al estudiante desorientado de encontrar el libro bueno, al estudiante abúlico de encontrar el libro atractivo, al estudiante ignaro de encontrar el libro útil, al estudiante instruido de encontrar el libro novísimo.

A las cualidades de su actividad, de su independencia mental unió su cultura general y su cultura bibliográfica. A propósito de su última tesis, donde se da noticia por primera vez en castellano de recientes escuelas filosóficas, el gran Bertrand Rus-

sell le dice en una honrosa carta, llegada después de su muerte, que está asombrado de lo vasto y lo nuevo de su saber. A él también había que preguntarle no qué era lo que sabía, sino qué era lo que no sabía. De mis conversaciones recuerdo, por ejemplo, que me enseñó cierta vez las páginas en que Vasseur adulteró en su traducción el *De Profundis* de Wilde; como en otra ocasión me comprobó incidentalmente el error de una cita en un libro de historia colonial sobre el cronista Francisco de Jerez y me dió más tarde la fecha y el tomo del discurso fundamental de William James. Con un ansia maniática por captar lo nuevo y acatando lo que hay en lo antiguo de vital; con sensibilidad para el arte—fué uno de los primeros en proclamar el genio poético de José María Eguren—y con erudición científica—lo he visto varias veces dar información amplia sobre temas especiales a diferentes lectores que le consultaban—; tenía además auténticos y especiales conocimientos sobre bibliografía que, por no estar concluido el catálogo, no han irradiado todos sus beneficios para el público. Por rara vez en el Perú, el hombre fué para el puesto y nó el puesto para el hombre: *the right man in the right place*.

Desde el punto de vista bibliográfico hay otro aspecto de la obra de Zulen—la obra escrita—que merece un recuerdo aquí. La lista adjunta da una idea somera de su actividad periodística, tan desinteresada como constante. Quizá la síntesis, el esfuerzo creador, poderoso y sistemático le estaban vedados; acaso servía más para acumular y orientar que para producir. Pero sus artículos—y artículos largos son sus libros, que no reflejan por cierto su personalidad íntegra—tienen un valor cubido. Allí está la prueba de su constante elaboración intelectual. Se ve a través de ellos su cultura, hecha por sí mismo; para todo hay que ser aún autodidacta en el Perú. Y se ve su juicio, igualmente hecho por sí mismo.

Sus múltiples temas pueden ser divididos en nacionalistas y de divulgación cultural. Entre los primeros están sus trabajos por la Pro Indígena y numerosas críticas francas y libres, que alguna vez se refirieron a la juventud y a la docencia de San Marcos. Es la parte juvenil de su obra que suele llegar en su apasionamiento hasta el panfleto pero sin enfangarse nunca en el dicterio personal. La Asociación Pro Indígena, de la que fuera el alma, no tuvo una vida burocrática. Tuvo una vida de constante lucha, denunciando terca-

mente los atropellos, acudiendo a los poderes públicos en pos de medidas morigeradoras, inyectando en la raza oprimida la rebeldía que tarde o temprano germinará. El ideario que Zulen expone en esta larga campaña es una mezcla curiosa de crítica al centralismo, a Lima, al capital y al gamonalismo y de fe en un socialismo evolucionista en el mundo a la vez que en la revolución social agraria en el Perú. Y si alguna ocasión tuvo la veleidad de querer ser diputado no domesticó su altivez y soportó más tarde, él, hombre de biblioteca, la prisión por opiniones sociales.

Este período dura hasta 1919 y se interrumpe con su nuevo viaje a Estados Unidos y con su ingreso a la Biblioteca. Hasta los últimos tiempos recibió insinuaciones para que volviera a su obra de agitador que ahora podía estar más madura con la repercusión ideológica que el fin de la guerra europea trajo y con el despertar del proletariado urbano. Pero ya el quebranto de su salud le exigía una vida tranquila y además creía sinceramente que actualizando la biblioteca contribuía del modo más eficiente a la renovación.

Numerosos poemas en inglés y en castellano escribió también; y aunque no les daba importancia en los últimos tiempos, algunos se publicaron en la selecta revista *Poetry* que Enrique Díez Canedo acaba de elogiar en la *Revista de Occidente*. Concilió a veces este literatismo con su obra vastísima de divulgación cultural y tiene ensayos como los que Ricardo Vegas García le comprometiera a escribir para *Varietades* sobre la nueva literatura de Estados Unidos, de fino gusto y sobrio trazo.

Tuvo abierta su inteligencia a los cuatro vientos del espíritu. Le merecieron particular interés la filosofía, las ciencias ocultas, la literatura, las ciencias puras, las ciencias sociales y algo de bibliografía histórica hizo en el *Boletín*. Sus artículos, aunque parcos y ágiles, no delatan a un simulador: lo que hablaba, lo sabía bien y a su cuerda probidad era extraño el charlatanismo. Ese mariposeo diligente y algo snob, hace de él un tipo raro entre nuestros estudiosos. No fué de esos sabios estigmatizados por Unamuno que se concentran en una ciencia abstrusa por cobardía ante los deberes y responsabilidades que se intensifican para los hombres inteligentes en los países cuya vida social y política no se ha consolidado; no fué de esos eruditos que se especializan en una rama del saber y son palurdos ante lo demás; ni fué tampoco de los misántropos que tienen

para la mera consulta la evasiva y la insinceridad. Acogió y esparció. Fué un curioso infatigable, de mente siempre hospitalaria, que sentía la cultura como un goce y un deber sin preocuparse en su administración y que a través de la cultura, en su plenitud y no en sus aledaños, quería vivir su época.

Así este hombre tomó de la vida siempre lo más difícil. Los estudios, los viajes, las campañas llenaron sus horas. Tendió al tipo del intelectual puro en una ciudad frívola, en un país incipiente, en una época azarosa. Aunque fuese imprevisto, no es de sorprender que muriera cristianamente y que su espíritu, insensible a las concupiscencias, se fuese acercando a la religión; pero si hay justicia ultraterrena, no necesitaba de la liturgia para merecer su recompensa. Sin tener medios de fortuna logró no ser un profesional. La Facultad de Letras es un incidente en la vida de la masa que pasa por sus aulas, a cuyas filas más anónimas perteneciera; pero para él los estudios desinteresados no fueron un medio sino un fin. Afirmó, bregando, su personalidad que llegó a consumirse en ebullición insólita y libérrima alejado así de la ruta sinuosa pero segura de los pecados. Y sin embargo no sólo el vulgo solía desconocer esto y ver en él lo deprimente de la raza (¿que dirán de su caso los fanáticos de las gerarquías étnicas?) y otras circunstancias grotescas.

Llegó a la Universidad ya debilitado ¡qué hubiera hecho en la plenitud de sus fuerzas! Poco a poco, en su obra de bibliotecario y de catedrático fué yéndosele a trozos la vida.

Ahora más que ante su muerte la lamentación es inútil; y sólo queda, mientras se suceden los días con sus nuevos problemas, el precario consuelo del recuerdo. Pero acaso hacemos mal. Acaso, después de trabajos tan tempranos, el descanso es un bien para él. Acaso a su espíritu tan profundamente inquieto, la muerte ofrece insospechados problemas e insondables respuestas.

JORGE BASADRE

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz
y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Varietades.

Teléfono número 1443

El alma del conquistador

DESPUÉS de las Cruzadas, la conquista de América es el gran movimiento emigratorio que lanza en busca del bienestar a los necesitados y a los impacientes: vale decir a los disconformes de Europa.

Empresa todavía medioeval, esa emigración es una aventura. El conquistador sale con una psicología formada y con una leyenda constituida por elementos europeos y orientales, que imagina realizada o realizable en el Nuevo Mundo. De ahí sus fantásticas expediciones para descubrir las tierras del Gran Jan o el Reino de las Amazonas. Su psicología, como la de todos los enérgicos de entonces, si no adoptaban el apostolado, era la del paladín: el guerrero de la justicia y de la fe.

A esos disconformes de la suerte, agregábanse los de la política, o sea los rebeldes comuneros y forales; y los de la religión, es decir los judíos conversos a la fuerza; si bien todos ellos animados por el mismo espíritu de aventura y de quimera.

El medio ambiente en que de golpe se hallaban desde su desembarco, imponía una diferentísima realidad. La psicología del conquistador quedaba irremediabilmente rota. América empezaba a formarle una alma distinta.

La aventura sin la quimera, dejaba subsistente, como único valor real, la pura energía humana. La disconformidad inicial, exasperada por aquel desencanto, volvíase netamente separatista. América, sin la leyenda de los imperios fantásticos, resultaba la tierra donde es imposible el rey. La misma facilidad con que cayeron los de Méjico y el Perú, fué un experimento.

Por otra parte, en la conquista, nunca hubo colonización, sino dominio de explotación directa: botín de guerra, a empezar por la venta de indios esclavos. No constituyó, tampoco, una empresa nacional, sino una serie de contratos personales con el rey, a empezar por el propio Descubrimiento. De suerte que le faltó el sentimiento patriótico, en cuya virtud, el aventurero habría obrado en nombre y por la gloria de su país natal. La verdad es que no procedió sino por su honra y provecho individuales, sin más vínculo con el rey que la cuota con que le compraba el derecho de conquistar. La Conquista acabó con los reyes de América, y sólo vivió en el de España un copartícipe, cuyo mismo alejamiento, exagerado en tiranía avara y feroz por el fisco intermediario, tornaba más sensible la iniquidad del derecho divino.

Cada hombre entró a valer acá en proporción a lo reducido de cada grupo conquistador. No hubo, así, individuo despreciable, además de que casi ninguno lo era en cuanto a la energía, virtud capital, comprobada, desde luego, por el riesgo de la aventura. El débil no tardaba, tampoco, en sucumbir a la doble inclemencia natural y humana; y esa selección de valientes constituyóse por sí sola en una igualdad heroica y despiadada a la vez. Los hombres equivalieron por mejores, en relación exclusiva con su calidad individual.

A la inutilidad experimental del rey, sucedió por igual motivo la inutilidad de Dios.

Mientras en la Península hay herejes, es decir, creyentes que difieren de la ortodoxia, pero siempre en nombre de Dios, la conquista ofrece casos de absoluto descreimiento. Lope de Aguirre y Carbajal, verdaderos prototipos del conquistador, fueron ateos. Ahorcaban frailes, menospreciaban los sacramentos y negaban la inmortalidad del alma. Por igual razón, no hubo santos en América, fuera de la excepción confirmatoria de Santa Rosa y el descolorido Toribio de Mogrobejo...

El valor del hombre, que el Renacimiento contemporáneo exaltaba en el Viejo Mundo, fué exclusivo en América.

Por esto, la independencia empezó con el Descubrimiento, y su declaración no fué más que la fórmula política de un proceso ya efectuado. Políticamente, no podía ser, tampoco, sino lo que resultó: una democracia.

Sólo que, conforme a sus antecedentes romanos y a la formación característica que acabamos de ver, la democracia de la América Latina no sería del tipo consensual y parlamentario, sino plebiscitaria y dictatorial. Gobierno de mando, que no de dirección. Realismo de la fuerza que se impone en la persona de un individuo superior.

Por esto han fracasado todos los intentos de aclimatar en la América Latina la democracia constitucional de los Estados Unidos, donde la emigración inicial no fué una conquista, propiamente dicho, sino una instalación de peregrinos disidentes. Sin contar el importantísimo antecedente anglosajón.

El alma del conquistador la formó América, refundiendo los elementos originales dislocados por la violencia y la realidad tremenda de la aventura.

Y por esto, con pertenecer a la misma raza, el hombre de América

era ya, en 1810, tan distinto del español.

LEOPOLDO LUGONES

(De *Caras y Caretas*,
Buenos Aires).

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

B. Sanín Cano: <i>La civilización manual y otros ensayos</i>	4.00
Horacio Quiroga: <i>Historia de un amor turbio</i> (novela)	4.00
Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios</i>	5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermitaño Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabharata</i>	1.00
Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.	

MONTES de las Tofanas, valle d'Ampezzo, valle del Cadore, vosotros supisteis de batallas, cuando la gran locura incendió el mundo. En cada altura, en cada hondonada hay un cementerio. Pero la Naturaleza es demasiado poderosa. Trabaja ferozmente, alegremente, contra la perpetuación del recuerdo y de la gloria... Hay que defender la forma de estas piedades de la guerra, con mil artificios, con mil cuidados. Cada otoño tiende a disolverlas en los chubascos; cada invierno, en las heladas; cada primavera, en el valiente florecer.

Pero todavía más activamente que la Naturaleza trabaja el Espíritu. El Espíritu, que no sólo disuelve la forma, sino la significación de las cosas—ejemplares para la pasión de un día—. Que las vuelve vanas, cuando no las vuelve importunas.

* *

La fortuna de las armas decidió de la italianidad de estas tierras. ¿La Naturaleza la había ya antes decidido?... se lo dirá a sí mismo una vez más el meditador, en diálogo mudo, con estos millares de muertos, santificados por el martirio: *Naturaleza y Nación son conceptos que se excluyen*. Sólo una fuerza fabrica una nación, y es la voluntad. «La voluntad de vivir juntos», como decía Renán en aquella sesión memorable del Colegio de Francia, dedicada a la vindicación de Polonia.

Ahora aquí, no hay remedio. Todo el trabajar, todo el vivir de las gentes está penetrado por una vocación de universalidad; y digo «universalidad», porque el Espíritu todavía no ha trabajado bastante; y algo se resiste dentro del mío a emplear de una vez y descarnadamente la palabra «germanización». Pero estos valles, estas ciudades que están detras conságranse hoy con un ardor, que ni siquiera basta a explicar el comprensible apetito de ganancia, a una obra colectiva de atracción, de mezcla, de afabilidad. Ninguna lengua se habla aquí tanto como el alemán, ni siquiera el dialecto del país. Ninguna prensa circula tanto como la alemana. Ningunas ideas y costumbres, como las tudescas, aparecen con tantos caracteres de generalidad. Venecia misma, allá abajo, es ya una metrópoli germánica. Germánicamente se estudia allí la historia del arte, como germánicamente se compran cerillas en el estanco.

Y aquí están, durmiendo el sueño eterno en su campo de reposo, junto a la pista de patinar, donde en este momento se inicia—ni siquiera en voz baja—un *flirt* toscano-vábaro, los restos podridos de aquellos a quien di-

Palique

ieron que debía morir para salvar la latinidad.

* *

La nieve ha caído en abundancia, la pasada noche, en el empinado cementerio de guerra de las *Tre Croci*. Entre las vallas pintadas de blanco, las crucesitas pintadas de blanco quedarán hundidas en ella hasta la mitad. (Me turba esta idea de lo que se sepulta sobre lo sepultado).

Tre Croci es el más conmovedor, porque es el que tiene menos nombres y menos rótulos.

El Martirio ha olvidado allí, casi totalmente, los pecados de individuación y declamación.

* *

El llamado *Aquile della Tofane* se halla en alto también, en el Belvedere. Se atraviesa un puentecillo, se entra en el recinto cercado y se escoge entre el lugar de las cruces, donde hay también ahora algún panteoncillo complicado, y el otro lugar, en que unas estrellas de jardinería señalan la fosa de los montones de muertos sin nombre.

El enemigo de este es el viento. Me acuerdo—me acordaré siempre—de cómo soplabla aquella noche en que se hizo oscuro tan pronto y yo no encontraba la salida.

* *

El *General Cantore* está en el mismo Cortina d'Ampezzo. Nadie me había llevado a él; nadie me había hablado. No se hablaba ya con demasiada buena gana de estas cosas... En un paseo me saltó a los ojos de improviso, tan grande, con su doble pululación de estelas de piedra y cruces de leño. Ostenta éste, a un mástil, la bandera de Italia. La intemperie no la ha desteñido demasiado.

Lo visitan frecuentemente los austriacos, que veranean aquí. No creo vengan por los soldados austriacos, también enterrados, con una suprema absolución, en la tierra sagrada del *General Cantore*... Con una absolución que tiene matices de generosidad progresiva.

Una cruz dice:

CINQUE SOLDATI AUSTRIACI

Pero otra, ya:

I SOLDATO-AUSTRIACO
CADUTO PER LA SUA PATRIA

Más allá, la piedad ha dado un paso adelante. ¿Qué significa, qué puede significar, después de un tiempo,

«mi patria», «su patria»?... He aquí la cruz más noble, he aquí la cruz más inteligente, la que dice

I SOLDATO AUSTRIACO
CADUTO PER LA PATRIA

Así, «la patria», la general, sin especificación. ¿La mía? ¿La suya? La Patria. La misma inscripción que tienen al lado los soldados de Italia... *La Patria*. Como se podía decir: «el Ideal».

* *

Pero junto a la valla pintada de blanco una pobre mujer del pueblo habla con otra. «Ni hubiesen venido nunca los italianos. Antes, quien tenía una gallina tenía una gallina. Ahora tiene la mitad él, la mitad el cobrador de contribuciones...» La obscuridad de su mente personaliza instintivamente en los nuevos señores aquellas pobrezas inevitables que han sido después de la guerra una de las angustias del mundo.

Parece que esta pobre mujer no sabe de patria. Pero anoche ha oído en el café a un hombre que, en cambio, sentía el patriotismo y con gran vigor. Se refería este ampezzano con rencor a la supremacía burocrática sobre Cortina, del vecino pueblo de Piave del Cadore. Y decía, con aire y énfasis de formular un programa de vindicación:

—Italianos; sea; pero cadorinos, nunca.

* *

¡Muertos, pobres muertos, yo puedo ponerme ante vosotros, yo puedo hablaros sin bajar la frente! ¡Yo no os engaño! No contribuí—ni siquiera con la mínima presión de una falacia dicha desde lejos—a que se os engañara.

Ignoro si se cuentan hoy en Europa muchos hombres de pluma militante que puedan decir lo mismo.

EUGENIO D'ORS

(Nuevo Mundo, Madrid).

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

PERSONAJES

PEPITA JIMÉNEZ, ANTOÑONA, SEÑA FRASQUITA, MARIANELA, MARTA, MARÍA, SOTILEZA, FORTUNATA, LA GITANILLA

PEPITA y DON JUAN

Pepita y Don Juan

Loa de los ilustres dramaturgos Don Serafín y Don Joaquín Álvarez Quintero en el primer centenario del nacimiento de Don Juan Valera

Jardín en casa de Pepita Jiménez, embellecido por la luz de una tarde de Mayo. A la derecha del actor, sobre un pedestal adornado con flores, un busto de Don Juan Valera.

(Sale por la derecha Pepita; el jardín resplandece aún más a su presencia. La sigue Antoñona, su vieja y fiel criada)

ANTOÑONA.—Pero, niña, ¿quieres sentarte? Vas a caer en cama con este trajín. Llevas un día de no sosegar un segundo.

PEPITA.—Descuida, Antoñona; no me sucede nada malo. Lejos de cansarme, este trajín, como tú le llamas, me sirve de deleite. ¿En qué cosa mejor podría emplear mis horas? Hoy veo logrado al fin el sueño que sabes que ha tiempo acariciaba, y me lisonjeo de poder ofrecerle en mi casa al mundo entero estos *Jardines de Don Juan*. ¡Día para mí de fiesta y de gala, Antoñona! ¡*Jardines de Don Juan!* ¡Jardines de mi padre!... ¡Con las más lindas flores de mi tierra andaluza había yo de corresponder a la gloria que él me conquistó! Estos jardines se verán constantemente lozanos y frescos, floridos y alegres, evocando así la nunca marchita juventud de aquel ingenio privilegiado. La primavera, deseosa de ir delante de todos para rendirle su homenaje, ya embalsama el aire con olores de azahar, de rosas y de claveles; el estío traerá su albahaca, sus geranios y sus blancos jazmines, estrellas fragantes que derrama el sol sobre la tierra; el otoño vestirá de oro de infinitos matices estos árboles, con envidia del oro que ya asomará en el sabroso fruto de los verdes naranjos; el invierno sólo esconderá en cien rincones ocultos sus modestas violetas, que dondequiera descubriremos nosotras por su delicado perfume...

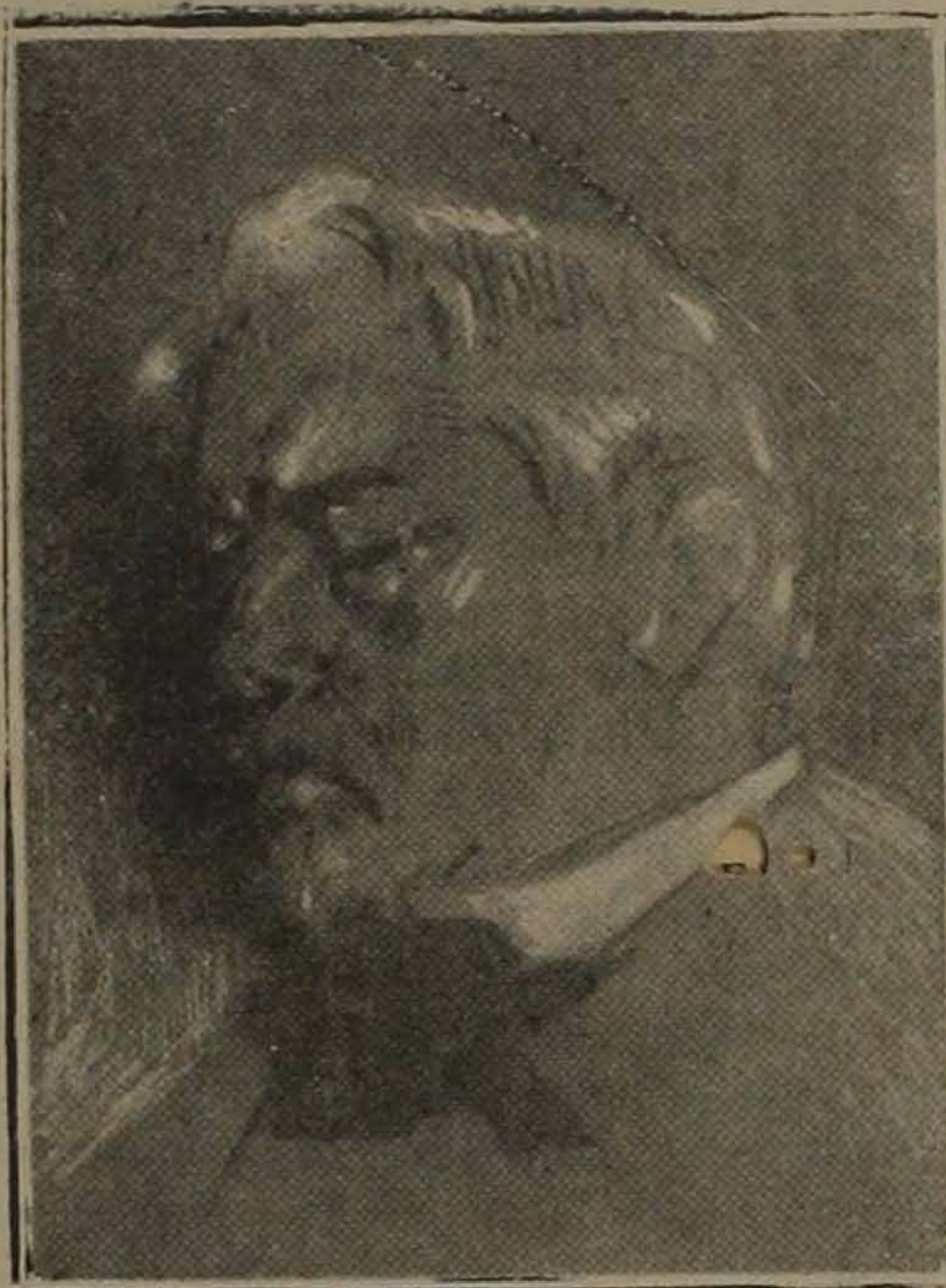
ANTOÑONA.—Y entre todas las flores que nazcan aquí, siempre, niña mía, tú serás la de más alto valor y la más preciosa. Junto a tu boca, ¿qué valdrán geranios ni claveles? Junto a tus manos, negros parecerán nardos y jazmines. Junto a tu talle, ¿qué palmera habrá aquí que pueda ponerse?

PEPITA.—Callá, Antoñona, calla; no desvaríes, llevada del cariño que me profesas.

ANTOÑONA.—¿Desvaríos llamas a mis alabanzas? Pero ¿es que por ventura estoy sola en esos desvaríos? Pues Don Pedro de Vargas, con toda su fama y su vida de Don Juan Tenorio, bien que tiró su capa a tus pies para que pisases el terciopelo de sus vueltas; y su hijo Don Luis, que iba para cura, no tiró sino los manteos, loco de amor por tus ojos gachones... Conque no digas que desvaría Antoñona, porque sabe apreciar la sal y la gracia del mundo que Dios te ha dado.

PEPITA.—¿Quién llega?

ANTOÑONA.—¡Qué sé yo! ¡No es posible



Dn. Juan Valera

en los últimos tiempos de su vida

(Apunte del natural por LORENZO COULLANT-VALERA).

llevar la cuenta de todos los que acuden a festejarte! ¡Buena la has hecho con los dichosos *Jardines de Don Juan!* ¡Todo el mundo se cree con méritos y autoridad para entrar en ellos sin papeleta! ¡Dios nos libre de que venga otra tanja como la que ya vino! ¡Qué pelajes! ¡Gentes de todas las tierras desconocidas pienso yo que eran, porque en mis años nunca vi semejantes prójimos! ¡Y todos han de contar su cuento!

PEPITA.—Es natural que lo cuenten, mujer. El cuento de cada uno viene a ser la papeleta que tú echas de menos para entrar aquí. Ese cuento es el título en nombre del cual me honran y agasajan todos en este día solemne.

ANTOÑONA.—Pues prepárate a recibir a esta guapa moza que ya se acerca, y a oír el cuento que quiera contarte.

PEPITA.—Hermosa es, en verdad. Risueño es su rostro, como la mañana de hoy.

(Aparece por la izquierda la Señá Frasquita, o sea la Molinera de «El sombrero de tres picos». Trae un canastillo con flores).

SEÑA FRASQUITA.—A la paz de Dios:

PEPITA.—Dios te guarde, buena mujer.

SEÑA FRASQUITA.—¿Eres tú Pepita Jiménez?

PEPITA.—Para servirte.

SEÑA FRASQUITA.—Muchas gracias por la cortesía; pero a servir quien está soy yo, máxime a señora tan principal y tan honrada.

PEPITA.—¿Quién te ha hablado de mí?

SEÑA FRASQUITA.—Las mil lenguas de la fama, señora.

PEPITA.—¿De dónde eres?

SEÑA FRASQUITA.—De tierras de Navarra.

ANTOÑONA.—¿Y vienes de allá? ¡Pues buen viaje te trae! A mí me va por el pensamiento que de Navarra a Andalucía hay muchas leguas de camino.

SEÑA FRASQUITA.—Sí las hay, sí, y las habría andado para llegar a estos jardines si hubiera sido menester. Pero ahora vengo de más cerca, porque desde que me casé vivo también en campos andaluces.

PEPITA.—¿Luego eres casada? Tu marido será, por cierto, tan real mozo como tú.

SEÑA FRASQUITA.—No, señora, que es más feo que Picío.

ANTOÑONA.—¡Animas benditas! ¡La suerte de los feos!...

PEPITA.—No lo será tanto como ella dice.

SEÑA FRASQUITA.—Le da un susto al miedo. Y es también jorobado, de añadidura.

PEPITA.—Entonces le quisiste por lástima.

SEÑA FRASQUITA.—¡Eso, nunca! Por su bondad y su natural despejo y su donaire lo quise. ¡Vale muchos dineros mi Lucas!

PEPITA.—¿Tú Lucas? Pues por tal nombre y las señas de su persona que me das, mucho me engaño si no eres tú la Molinera.

SEÑA FRASQUITA.—¡La Molinera soy! ¿Me conoces?

PEPITA.—¿No he de conocerte, si tu historia y la mía corren juntas? A la vez que se supo que Pepita Jiménez se había prendado de don Luis de Vargas, el seminarista, anduvo en lenguas el ridículo enamoramiento del corregidor de *El sombrero de tres picos*.

SEÑA FRASQUITA.—Pues otras amigas que nacieron como tú y como yo por aquel entonces vienen también de camino hacia acá a regalarte. Yo te traigo estas flores extrañas. Ya sabes que mi marido es muy habilidoso y hace prodigios. Ahora mismo ha logrado que un loro, contemplando un reloj de sol, dé la hora a gritos puntualmente, según el sol la marca. Es digno de oírle.

ANTOÑONA.—¡Jesús! ¡Ruede la bola!

SEÑA FRASQUITA.—Si lo quiere ver, señora Antoñona, vaya a mi molino, y de paso la convidaré con unos racimos de aquellas ricas uvas. Pero con todo, la habilidad mejor de mi Lucas la tiene como floricultor. De los ejemplares más curiosos que ha conseguido te traigo una muestra. Miralos.

PEPITA.—Dios te pague el valioso presente, vuelca el canastillo al pie del busto de mi padre y reúnanse tus caprichosas flores a todas las demás que ya he recibido.

(La Señá Frasquita obedece y queda junto al busto),

ANTOÑONA *(viendo venir a Marianela)*.— ¡Ave María! ¡Mira que andrajosa se cuele ahora! ¡Vamos a tener que cerrar!

PEPITA.—Sería doble trabajo el tuyo, Antoñona, porque tendrías que abrir a todo el que llegase.

ANTOÑONA.—Pues, por Dios, niña, no te arrimes a esta chiquilla, que va a llenarte de miseria.

MARIANELA *(que ha avanzado humildemente hacia Pepita con unas florecillas silvestres)*

en la mano).—Descuide, señora, que no la rozaré. Me iré bien pronto. Pepita Jiménez, hija de un rey de reyes, señor de los señores, gala de tu tierra y del mundo, yo soy Marianela. (*Se hinca de rodillas*).

PEPITA.—¡Marianela! ¡El cielo te bendiga! ¡Levántate, muchacha!

ANTOÑONA.—¡No la toques!

PEPITA.—¿Te quieres callar, Antoñona? Levántate, criatura.

MARIANELA (*levantándose*).—Gracias, señorita.

PEPITA (*contemplándola*).—¡Marianela!...

MARIANELA.—La huérfana de las minas de Socartes; la vagabunda, la infeliz; el lazarillo de Pablo el ciego. Yo estoy enamorada de mi señorito, y él de mí, porque no puede verme. Si llegasen a ver sus ojos, como dicen, yo me moriría de dolor. Yo le cuento a él todas las maravillas de la tierra y del cielo, y de los campos y del mar, y él me habla de las historias que le lee su padre. La otra noche me dijo: «Mariquilla: vas a llegarte a los Jardines de Don Juan y vas a llevarle a Pepita Jiménez unas florecillas de los prados de Aldealcorba de Suso y de los bosques de Saldeoro». Y aquí las tienes.

PEPITA.—Ponlas tú misma por tu mano con esas otras. Alguna cogeré yo luego y se la ofreceré a mi Niño Jesús.

(*Marianela deja también sus flores al pie del busto de Don Juan, como en adelante las demás figuras que irán saliendo, todas las cuales quedarán asimismo junto a él*).

ANTOÑONA.—¡Virgen! ¡Ahora una monja y una señoritinga! ¡Esto es el Arca de Noé! (*En el fondo han aparecido Marta y María, las célebres heroínas de la novela de Palacio Valdés así titulada. María viene de monja. Marta, con un trajecillo modesto*).

MARÍA. Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras...

MARTA.—María. ¡Por los clavos de Cristo, vuelve en tí! Deja un instante ahora a tu Amado del cielo, que venimos a honrar a un príncipe de los ingenios de la tierra. No confundas ni mezcles las cosas.

PEPITA.—¿Quiénes sois, que creo recordaros? ¿Es la primera vez que os veo?

MARÍA.—Somos Marta y María.

PEPITA.—¡Ah! ¡Ya decía yo! Bien venidas seáis. Os esperaba.

MARÍA.—Pues yo he de confesarte que he sentido escrúpulos de venir. Si no es por acompañar a Martita...

PEPITA.—¿Qué escrúpulos han sido los tuyos?

MARÍA.—Ningunos que puedan empañar en el pensamiento de nadie la gloria que hoy disfrutas.

MARTA.—Escrúpulos de monja son los de mi hermana.

MARÍA.—Llámalos como gustes; pero Pepita, con sus hechizos de mujer, apartó de la senda de luz que yo sigo a un hombre a quien el Señor conducía por ella.

PEPITA.—El propio Niño Jesús me ayudó a desviarle. Yo se lo pedí con fervor aquella inolvidable noche de San Juan... Y no debía de hacerle mucha falta mi Don Luis cuando fácilmente me le cedió... haciendo que todo nos empujase a ambos en la caída. La mutua atracción que nos acercaba; la luna, que entraba por mi ventana encantando el lugar con su luz; el olor de las flores que llenaba el ambiente; el rumor de la fuente del jardincillo... y hasta el eco de las picantes coplas de mis criados, que nos arrullaban desde lejos... Todo, como te digo, parecía conjurarse para que Don Luis y yo fuésemos débiles y pecadores... Y ahora somos dichosos. Y Dios nos ha premiado con un hijo. Tú, en cambio, María, dejaste a un enamorado marqués de Peñalta sollozando delante de un retrato tuyo.

MARTA (*suspirando con íntimo gozo*).—¡Ay!

ANTOÑONA.—¡A su merced le gusta el marqués, como si lo viera!

MARTA.—¡Sí; pero el marqués, embaucado por esta santita, no se ha dado cuenta hasta ahora!

PEPITA.—Ya se la dará, si está de Dios, y serás tan feliz a su lado como yo lo soy al de mi fracasado curita.

MARTA.—Pues ¡ojalá no tarde mucho! Porque esto de querer y callar ¡hace sufrir tanto!...

MARÍA.—Lo que sea será por la voluntad del que todo lo rige y gobierna; de Aquel para quien yo vivo y por quien muero...

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

PEPITA.—Perdona lo que te dije de mis escrúpulos. Quizá no he debido sentirlos. Acepta ahora estas azucenas que te traigo del jardín de las monjas Bernardas de Nieve; se las ofrezco en tí a tu padre y señor; al que supo penetrar en los más sutiles y oscuros arcanos del amor divino, y convertir a lo humano sus mieles, y extraer de ellos savia para alimentar las flores de un tan noble amor terrenal.

MARTA.—Estas que yo te ofrezco son de la huerta de mi padre. Hay, como verás, de todo lo que da la tierra. Las corté yo misma, con la intención de traértelas de todos colores. Te iba a traer también unos dulces hechos por mis manos. Yo soy muy casera y muy aficionada a cocinar. Pero hoy cuadrán aquí más bien flores que dulces, y además hubiera sido atrevimiento brindárselos a quien hace los mejores pestiños, alfajores y piñonates conocidos.

(*Inopinadamente ha salido por la izquierda del jardín Sotileza con unas florecillas también; la cual, atreviéndose a hablar, animada por la familiaridad de Martita, dice:*)

SOTILEZA.—Avergonzada me siento yo de traer esta pobreza...

ANTOÑONA.—¡Bueno va!

SOTILEZA.—Pero quien da lo que tiene... Cuando me enteré de la fiesta, no pude contener el mi deseo de venir con mis flores. Lo consulté con el pae Polinar y me dijo que bien hacía. Y desde la tierra vengo. Me llaman Sotileza.

PEPITA.—Ya, ya. Sólo tú podrías venir de tan lejos limpia y pulida como si salieras del tocador.

SOTILEZA.—Es que yo de mi natural soy así, señora.

PEPITA.—Bien lo dice el tío Mechelín: que ni pisas ni manchas; que vas y vienes como la pluma misma por los aires...

SOTILEZA.—No quita el ser pobretuca para ser limpia como una plata.

PEPITA.—Eso pregona tu señorío.

SOTILEZA.—Soy callealtera.

PEPITA.—Callealtera eres, y en todo punto acreditas tu finura nativa. Yo vivo en casa principal; tú en una bodega de pescadores; pero con el mismo amor dora el sol mis estrados que alumbra el atalaje de tu cuartuco. Y a su luz lo mismo parecen.

SOTILEZA.—Allí vivo sin pesadumbres ni envidia de nada; limpia de conciencia también y sin ambición de cosa alguna que no sea de mi parigual. Si algo valen las florés que ahora te muestro es porque vienen con aire de no ser sino lo que son; nacieron vecinas de las duras peñas, donde se estrelló el mar bravío, azote de los pescadores. Tómalas. (*Pepita las toma y las pone con las demás. Entretanto llega Fortunata con unos geranios*).

FORTUNATA.—¡Pues los Madriles no han de faltar tampoco en esta verbena de tanto rumbo!

ANTOÑONA.—¡Anda! ¡Una chula!

FORTUNATA.—Una chula, sí. ¿Qué hay con eso, Fortuna? Una chula. ¿Qué ocurre?

PEPITA.—¡Fortunata!

FORTUNATA.—Fortunata, sí; la Pitusa. ¿Qué hay?

PEPITA.—Que bien vengas, mujer. Eres la simpatía en persona.

FORTUNATA.—Soy lo que soy, y no sé si caigo bien o caigo mal; pero vengo porque me lo dita el corazón. (*A Antoñona*). No gruñan usté, señora mía, que tos somos hijos de Dios y ca uno habla como puede. ¡Pa chasco!

ANTOÑONA.—¡Pa chasco!

FORTUNATA.—¡Pa chasco, sí! ¡Oh! ¡Mía esta! Si le parece más fino. Ten ahí tú, Pepita Jiménez, este recuerdo de las verbenas de los Madriles de mi alma. Bien comprendo que tú vas por un camino y yo por otro; pero en una cosa así me da a mí el corazón que siempre habemos de encontrarnos. Tú eres señorío y yo soy pueblo. ¡Pueblo! No tengo compostura. Ni ganas. Ni entiendo de *tiologías* tampoco. Ni falta que me hace. Pero sé que mi historia anda ya escrita y que en la primera hoja de ella se nombra pa honrarlo al talento que te trajo al mundo. Y por eso, y porque yo no pienso las cosas, sino que me llevo de [mi sentir, está aquí Fortunata.

PEPITA.—Y yo te veo con la misma alegría que a todas las he visto.

FORTUNATA.—Jacinta no ha venido conmigo porque no tié tiempo más que pa buscar por el mundo un chiquillo que Dios no le da. ¡Ya ¡Ya se contentará con el que yo le deje! Esta es mi idea, ¡mi idea!

(Como por arte de magia surge de improviso, despertando la admiración y el júbilo de todos. Preciosa, la Gitanilla de Cervantes, que se dirige a Pepita con estos versos:)

GITANILLA: *Hermosita, hermosa,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que el Rey de las Alpujarras*

PEPITA.—¡Oh! ¡La Gitanilla!

FORTUNATA.—¡Preciosa!

SOTILEZA.—¡La hija de Cervantes!

MARTA.—¡La Gitanilla!

GITANILLA.—Todas me habéis reconocido, ¿verdad?

PEPITA.—¿Y quién no, Preciosa? con tu visita vienes a honrarnos singularmente.

GITANILLA.—Yo vengo, como todas hoy, a mostrarte veneración y rendimiento a ti, Pepita Jiménez, sino que vengo de distintas regiones que las más de nuestras hermanas. De toda España bajan ahora mismo a besarte las manos diversas criaturas hijas del ingenio español; vienen unas desde las rías gallegas, los valles asturianos y las montañas de Vasconia; vienen otras desde las playas de Valencia y desde los pueblos levantinos y andaluces. La Corte de las Españas envía también lucida y gallarda procesión. Pero yo, como te digo, llego a ti desde más alto imperio. Por la majestad y alteza de tu casta, por tu hermosura y señorío, por tu gracia y pureza, por el hechizo de tu alma y de tu cuerpo juntamente, vengo a llevarte de la mano adonde yo resido: a la sombra del gigantesco árbol de la inmortalidad, bajo cuyas ramas augustas, de no mudables hojas, tenemos asiento las elegidas de los dioses. Mañana serán otras; hoy eres tú. Mi padre, que fué el primero que noveló en lengua castellana, me ha pedido que allí te lleve.

PEPITA.—Confusa y anonadada me hallo con tanta lisonja, con tan inmerecido homenaje; y si estoy muy lejos de aceptarle por mí, es natural que no le rehuse, volviendo los ojos a Don Juan. (Se adelanta al público y añade:) Quiero ahora despojarme unos momentos de mi apariencia de Pepita Jiménez. Ahora no soy Pepita Jiménez, ni siquiera la actriz que ha encarnado su figura en este acto; no soy sino una mujer española que conoció y amó a D. Juan Valera, y a quién fascinó la lectura de sus preciados libros. Una mujer cautivada primeramente por raro señorío del filósofo artista y por la compleja inmensidad de aquel aristocrático espíritu, tan hondo y tan claro, de curiosidad universal, tan sabio y tan maestro; una mujer seducida por el buen gusto, la elegancia y la limpidez que resplandecían en cuanto él tocaba; rendida a su gracia profunda y sutil, a su bondadosa ironía; agradecida a su elevado concepto del arte, merced al cual y a la constante disciplina

de sí mismo, que hizo de él espejo de soberana serenidad, reservaba para sí el dolor de la vida y lo alejaba de las páginas de sus obras, o extraía de él para aromatizarlas consolador perfume... ¡Bendita sea aquella inexhausta fuente andaluza, por cuyos surtidores risueños salían las aguas frescas, rumorosas y limpias, cuyos cristales pudieron reflejar un día las imágenes tembladoras de amor de Dafnis y Cloel...

Don Juan Valera amó la vida y se extasió en la contemplación de su misterio. Cantó el *Fuego divino* y meció su alma en la penetrante admiración de las maravillas de lo creado.

*Su perfume derrama
la flor, el ave canta, el mar resuena,
cuanto aborrece y ama,
todo deleite y pena
está en el alma y los espacios llena.*

*¿Dónde se posa y calma
el corazón, buscando su destino?
¿Do está la paz del alma,
dónde el centro divino
que suspenda su curso peregrino?*

Y cuando la vejez llamó a sus puertas, halló el mejor *Consuelo en la poesía*. Sean sus propias palabras, bellas y elocuentes, las últimas que en esta ocasión salgan de mis labios. Así cantó el egregio poeta:

*Vanamente, ¡oh, vejez!, con peso grave
mis espaldas inclinas;
como en lecho de amor, grato y suave,
reposo en el de espinas.
No en esta soledad pierdas el brío,
ni al dolor te doblegues;
brilla sereno, entendimiento mío,
y todo bien no niegues.
Mi invencible bondad, mi honda ternura,
que fué tan mal pagada,
prueban la elevación y la hermosura
del alma enamorada.
Aunque la adusta edad sólo te deja
dolencias y fatigas,
alma, desecha la cobarde queja;
no del vivir maldigas.
Si todo ser amado te desdeña
o te aborrece ahora,
con las creaciones inmortales sueña
que tu centro atesora.
¡Cuán fecundo venero todavía!
Basten a tu contento
los hijos que en tu fértil poesía
nazcan del pensamiento.
Vístelos en el seno de tu idea
de la forma que anhelen,
y cuando su beldad el mundo vea,
con gloria te consuelen.*

(De *La Esfera*, Madrid)

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

**Es Ud. chic
y necesita un vestido de Frac
o de Smokin, a la última moda?**

ACUDA A LA

SASTRERÍA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GÓMEZ Z.

Cuenta con larga práctica y operarios competentes para la confección de trajes.

Precios los más económicos

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Suscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 2616. Buenos Aires

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega ¢ 0.50

El tomo (24 entregas) 12.00

El tomo (para el exterior) \$ 3.50 oro am.

La página mensual de avisos (4 inserciones) 20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

IV. Longevidad misteriosa

CUÁN ocultas y cuán hondas ansias de juventud perpetua se agitan en el fondo de la naturaleza humana! Mientras la poseemos se la derrocha sin piedad. Cuando el verano urente va quemando las mejores resinas de nuestros bosques vuélvense las miradas hacia el pasado; como si de menta, fúndense en nuestros labios y en nuestro corazón las palabras de los poetas: «¡Cuán presto se va el vivir!»

Comienza entonces la peregrinación a la recuesta de las aguas de perpetua juventud. El más bello atributo de los dioses, ángeles y gandharvas, fué siempre la juventud. Por un vaso de tal poción a Mefistófeles vende su alma Fausto. Los maravillosos alquimistas—a cuya ciencia vamos acercándonos día tras día—conocieron y prepararon el elixir de vida, los dos elixires de vida: aquel que da la divina inmortalidad y el otro que da la perpetua juventud.

El siglo diecinueve rió de ambas ilusiones. Quizás no Alejandro Dumas cuando se documentaba para sus *Memorias de un Médico*, ni Buliwer Lytton cuando escribió su *Historia extraña*. La de *Dorian Grey* fué juventud de perverso origen. Pero el siglo diecinueve llamó superticiosas estas ideas. El siglo veinte va entrando en la hechicería operativa medioeval. Comienza a creer en la posibilidad de renovar la juventud, de prolongar la vida. Ha descubierto que las secreciones glandulares tienen mucho que ver con la juventud. Y se practican los injertos de las glándulas con el mismo medioeval afán con que se preparaban filtros de juventud y de amor en misteriosos aquellarres o solitarios gabinetes.

Si el injerto de glándulas rejuvenece, ¿por qué no un elixir que provoque una renovación de las secreciones glandulares, una mejor conservación de lo que Paracelso llamó el bálsamo incorruptible que preserva contra la decadencia de los tejidos?

Nuestro inquisitivo escepticismo preguntará: ¿Y aprovecharon para sí tal elixir quienes lo preparaban?

¿Quién podría decirlo? Ignora la historia tantas cosas.

Francisco Bacon escribió acerca de la prolongación de la vida. ¿Fué larga la suya? Sus biógrafos de enciclopedia afirman que vivió de 1561 a 1626.

Sin embargo en la vida que de Bacon escribió Pierre Amboise, que es la primera y la más completa—publicada en 1631—se callan fechas y lugares de nacimiento y muerte. Biógrafos ingleses posteriores guardan la misma reserva.

Noches syracusanas

¿Cuál fué su residencia habitual en 1626? Se ignora. Fué canciller del Reino. ¿Hubo funerales a su muerte? No queda vestigio de ello y los registros de la iglesia de Saint Albans, donde debía constar su nombre, faltan desde 1600 a 1629. Se dijo que había sido sepultado en la iglesia de San Miguel. Examinadas las criptas se han identificado todas, la de Bacon no existe allí.

En un libro de Grosart se dice que Bacon se hallaba en retiro en 1629. En la *Vida de Bacon* de Montagu se declara que en una carta dirigida a este creador de Shakespeare se hace referencia a sucesos de 1631. Finalmente un sabio alemán, cuyo nombre se desconoce, afirma que Bacon vivió 106 años, según lo cual moriría en 1668. ¿Pero de verdad moriría? ¿No pasaría a nuevo retiro? ¿No asumiría otro disfraz?

Bacon maravilloso, tú engendraste el prodigio de Shakespeare y fuiste como la crisálida de que surgió el milagro del Conde de Saint Germain.

¡Cuán arrebatador misterio hay en el hombre!

V. La Muerte de Adonais

Aquella cristalina fragilidad de Keats—cuyo retrato por muchos años ha sido como una siempreviva de gracia en algún muro de mi hogar—ha solido hacerme la impresión de una sombra de alabastro que cubriese la quemante mariposa de la llama de una lámpara: a través de ella traslúcese el inflamado ardor de una alma grande. Pero en la suya, además, había un gravísimo y misterioso secreto: había visto desnuda, bañándose en el torrente de la luz, corriendo sobre los campos y sobre las almas de los hombres, a la naturaleza, como Acteón a Diana. Y tienda le alzó en las aguas Océano; Pan hizo tañer para él las orquestas de sus selvas y le dejó mirar Apolo toda la rica flor de los pensamientos de las Musas.

Keats ha sido para mí un alentador amigo. Sus cartas, sobre todo, derramaron bálsamo reconfortante en mi alma, durante muchas horas de prueba. En las alas de cada uno de sus poemas hallaréis siempre plumas de águilas y de arcángeles. Pero en sus cartas sólo veréis un dolorido corazón humano o una alma enamorada de sus amigos y de sus dos Fannys: su hermana y su amada Fanny Brawne.

Cuando mi amado hijo Hiram yacía en su lecho de angustia, herido del mismo mal que rompió la frágil

sombra de alabastro donde vivió encendida el alma de Keats, paseándome en silencio por la pequeña estancia, solía mirar, cuando no la noche a través de la ventana, el retrato de aquel desdichado poeta inglés, fijo en un muro, frente al lecho de mi hijo. Muchas veces se desarrolló su vida delante de mis ojos interiores.

Fueron veinticuatro años nada más los de su existencia. Pero cuán intensa su vida de pensamiento, cuán olímpica su poesía. No, no parece un hijo de la tierra, sino un joven dios extraviado en la refriega del mundo, como en los combates homéricos ante los muros de Ilión. Quienes le trataban se cerca no dejaban de amarle. Los afectos producían en su alma tempestades. En una de sus cartas, refiriéndose a sí mismo expresaba la volátil opinión de que nada es más antipoético que los poetas mismos, precisamente a causa de su volubilidad, de la inasibilidad de su ser, pues que a cada instante se identifican con sus creaciones o con las ajenas o con las personas de su ambiente. Sin embargo, su pasión por Fanny Brawne es de una poesía profunda de encanto, vibrante de dolor humano, embellecido por el genio de un poeta.

En setiembre de 1820 partió para Roma, en la compañía del artista José Severn, que fué su amigo, su enfermero, su familia toda, en la soledad mortal de aquellos finales meses del año y dos primeros del siguiente. Keats murió el 22 de febrero de 1821. Sobre su lápida, en el cementerio protestante de la ciudad de Roma, se escribieron estas palabras que él dijo de sí mismo:

AQUÍ YACE UNO CUYO NOMBRE
SE ESCRIBIÓ EN EL AGUA

¿Consunción? Sí. Pero bien supieron sus amigos que la vida del poeta había sido más larga, más serena, más fecunda y más gloriosa la literatura inglesa, si la crítica monstruosa de la *Quarterly Review* acerca de *Endimión* no hubiese trizado el vaso esbelto, pero frágil, donde se contenían las sobrias aguas de su vida.

Shelley escribió aquella majestuosa elegía que llamó *Adonais* y que corre paralelamente en gracia y sentimiento con el *Lamento a la muerte de Bion* que cantó Mosco. En *Adonais* se deplora la muerte del hijo de una raza celeste; en el *Lamento a la muerte de Bion* los campos, los ganados, las aguas, las plantas lloran la desaparición del músico que con sus cantos ponía más fervor en la primavera.

Pusieron veneno en los labios de

Bion. ¿Cómo no se tornó en dulzura allí donde tan dulces cantos recibían su miel? Y Shelley dice, también siguiendo a Mosco: «Nuestro Adonais bebió ponzoña». Qué veneno tan corrosivo, tan mortal para las almas delicadas la crítica de quienes no aman las obras de arte, a pesar de haber hecho del arte una profesión.

¿Por qué Shelley llamó *Adonais* esta su bellísima elegía? *El lamento a la muerte de Adonais* de Bion fué su modelo. A través de estos versos también pasa un aliento de rosas consagradas a Cytorea. Un soplo celeste tiembla en los suspiros de este divino lamento de Bion. Pero creo que no dejó de influir en Shelley aquel breve poema de otro bucólico anónimo: *Muerto Adonis*.

Cuando la Cytorea vió a Adonis muerto, toda desgredada, con las mejillas pálidas, pidió a los Amores que le trajesen al jabalí culpable. La diosa le increpó su crimen. Y estas fueron las palabras de la bestia: «Juro por ti, oh Cytorea, por tu paso, por estas ataduras y por estos cazadores, que nunca hubiera yo dado muerte a tu gentil esposo, si no le hubiese visto tan bello como una estatua y no pude refrenar el quemante loco deseo de besar su desnudo muslo. Destruyeme, ahora, es cuanto te ruego; corta y aparta estos colmillos, castígalos—¿por qué poseo colmillos tan apasionados? Y si esto no te basta, toma también mis belfos—¿por qué se atrevieron a besar?» Cytorea y los Amores, compadecidos le dejaron ir; mas él no partió a los bosques, sino que sigue los pasos de Cytorea.

Jabalíes también estos que destruyen la obra de arte con el santo pretexto de que aman el arte. Se dicen esclavos de la belleza pero no la hallan en las obras de arte, sino en sus ruinas; se dicen admiradores del genio, más no lo saben reconocer sino cuando le tienen muerto, porque le han atosigado el alma.

Set. 2.—1923.

VI. Las Canciones

de J. TORRES BODET

Cuando de sus heridas, en aventura de ajeno amor ocasionadas, moriase en la ciudad de México el inolvidable autor de *Ojos claros, serenos*, atomizo en el valle del Anahuac con la eternidad de su alma la música no terrena de su lira. Se ha quedado en el ambiente de esos valles, donde la han respirado sus mejores poetas.

Y aquí, en este libro de brevísimas lecturas, hay muchos acordes de aquella música de lira y madrigal.

A medida que leía las primorosas

páginas iba esclareciéndose el sentimiento de que la canción resucita. En *He dejado* he vuelto a oír aquellos mágicos romances de Góngora, la lírica espontaneidad calderoniana de las primeras escenas de *La Vida es Sueño*. En la *Balada del Hada y del Corazón* hay dejos de los viejos romances fronterizos y caballerescos. Otras veces, como en *Invitación al viaje* o *La canción de las voces serenas* es el ritornelo que acentúa lenta y sabiamente una emoción. Aquí está una diferencia de los antiguos trovadores lemosines, sicilianos o gallegos; las repeticiones de Torres Bodet, a pesar de que producen efectos musicales, le sirven para intensificar la emoción poética. El trovador medioeval que también componía su música, solía confiar a sus notas cuanto hurtaba a las palabras, si, como era lo corriente, celebraba en sus trovas a una mujer casada. De suerte que sus repeticiones bien podían carecer de sentido ideal, pues que poseían la emoción musical. O eran simples palabras de convención, como en los cantares guayados y ledinos.

En las *Canciones* de Torres Bodet las repeticiones son rara vez idénticas: hay leves variantes que sugieren, ora los cambios de hora y de paisaje como *Canciones de las voces serenas*, ora la identidad del sentimiento como en *Invitación al viaje*, ora el progreso de la emoción como en el *Lied*.

Las canciones expresan los sentimientos humanos por excelencia, lo universal humano; por tanto desacierta quien hallase un motivo de censura en la ausencia de originalidad de las canciones. Mientras más humana, parécenos más honda, más hermosa. Precisamente porque todos hemos vivido aquello, porque lo hemos sentido nos seduce la expresión del poeta con la cual no atinábamos nosotros. En este común sentir se funda la popularidad de la canción.

Mas yo hallo en estas de Torres Bodet un aroma tan personal que me he visto tentado a estudiarlas para descubrir endonde respiraba esa escondida flor fragante. He debido sonreír cuando me miré haciendo la anatomía del ruseñor de voz inspirada y del frágil canario de los bellos ojos negros, todo para saber por qué encanto nos mueven a deleite sus trinos y sus escalas, como si tales anatomías pudiesen dar con las intangibles cosas de las almas.

No ha podido escapárseme, sin embargo, la fantasía plástica que le hace ver con animación inteligente los rasgos del paisaje:

Este campo, como un perro,
nos conoce hasta en la voz

y parece respondernos
con el labio de una flor.

O como en el exquisito cuadro campestre de *La primavera de la aldea* en donde toda la canción es una sola imagen evocadora; o como en *Fatiga* en donde canta:

Apóyate en mi amor, hazte tan débil
que tenga que poner mi pensamiento
como un brazo alrededor de tu cintura,
bajo el peso extenuado de tu cuerpo.

O como en *Niños*, de quienes dice que

Llevan mochilas
llenas de ilusión
y sus almas brincan
como aros al sol.

Ni se me pasó por alto esa sutileza que es más una sugestión que una expresión franca y que para tantos delicados y penetrantes entendimientos es como la esencia de la poesía, como ocurre en las dos finales estrofas de *Canciones de azul tranquilo* y en la primera canción del libro bordada en torno de la fugacidad de las horas del amor.

Y así se me ha ido de las manos el libro, «como el agua de las horas», con una música varía, en la que prevalecen los melódicos metros breves que son la delicia de los viejos cancioneros.

Casi todas estas canciones lo son de verdad; pueden entonarse con los instrumentos de cuerda. Y sintiendo revivir en ese breviario las canciones de otros tiempos, evocando figuras de trovadores desde el Conde de Poitiers hasta Dinis de Portugal, he deseado que el poeta mexicano haya también compuesto la música, como para dar nueva encarnación en las letras hispano-americanas a ese impulso del alma que nos lleva a modular la voz con las dulces palabras que se levantan en el corazón.

Mas si no ha compuesto la música quédele el contento de poder afirmar que ya es bastante y bien sutil la exquisita melodía de sus *Canciones*.

ROBERTO BRENES MESÉN

Set. 4.—1923.

University of Syracuse,
N. Y., U. S. A.

Obras de Lugones disponibles:

<i>Filosofías.</i>	¢ 4.00
<i>Odas seculares.</i>	4.00
<i>Romancero.</i>	4.00
<i>Cuentos fatales.</i>	4.00

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

¿Qué es antes? ¿la escuela o el maestro?

PARA no hacer nada—«por ahora»— y proporcionarse a sí mismos una moratoria en el cumplimiento de su deber, políticos y técnicos oficiales han planteado siempre esa cuestión previa: «Haremos escuelas; pero antes será preciso hacer maestros». Cuando se habla de construir escuelas la resistencia pasiva, la inercia, la indiferencia organizada y documentada se ampara en la opinión de pedagogos muy ilustres. Sí, Yo conozco también las palabras de D. Manuel Cossío: «Cada profesión tiene sus fetichismos, y el material de enseñanza es el mayor fetiche de los maestros». «Se sueña con monumentos escolares; y yo creo, por el contrario, que el ideal está en acercarse cuanto sea posible a lo que Rousseau decía: *La mejor escuela es la sombra de un árbol*». Pero conozco, además, el sentido político—pesimista, cauteloso, pragmático—que inspira tan modesto programa. No pedir todo para obtener algo. No ambicionar para no desesperar. Pronunciaba D. Manuel Cossío esas frases en Bilbao el año 1905. Allí hay escuelas y material de enseñanza. Otra cosa, no material, era necesaria: el héroe. El maestro-héroe, capaz de entrar en campaña sin carro regimental, con pan y queso en el zurrón.

Administradas con malicia, esas frases, sin su desarrollo, autorizaban todas las dilaciones. Si esto pensaban los más fervorosos apóstoles de la cultura, bien podían seguir en el mismo estado las escuelas hasta que hubiera una generación de maestros digna de mejor alojamiento.

Pero los niños son siempre dignos de las mejores escuelas imaginables. No es preciso esperar otra generación de niños que merezca salir de los establos, de los antros húmedos y oscuros, de las cámaras frigoríficas... Yo estoy seguro de que a Juan Jacobo le costaría mucho trabajo resistir una hora de clase a la sombra de un árbol en Navacerrada dentro de dos meses, o en Móstoles hace dos. La escuela debe ser lugar agradable, templado, limpio, con aire y luz. En los pueblos míseros debe ser el rincón más alegre y hospitalario, y al mismo tiempo el modelo de una existencia superior. ¡No temáis dar ambiciones a la infancia ni acostumarla mal a ciertos há-

bitos de comodidad, señores técnicos oficiales! El último niño de esas escuelas es tan digno como vosotros de vivir bien, siquiera unas horas, bajo la vigilancia maternal del Estado, de la Diputación, del Municipio. El influjo de los primeros años en la vida de un niño tiene fuerza bastante para hacerle más tarde renovar el pueblo. Esto es lo que quisiéramos demostrarle a Madrid para que organice la protección de los pueblos de su provincia.

Antes, sin embargo, conviene volver a la cuestión previa. Habrá mejores maestros cuando en las escuelas que les damos puedan vivir hombres educados, cuando su dotación sea decorosa y cuando el aislamiento en que viven no sea depresivo y demoralizador. Hace diez años—en 1915—lograron los maestros, por Real decreto, el sueldo mínimo de 1,000 pesetas. Entonces se discutió el tema: «A pueblos ruines, maestros de diez reales diarios, ¡y gracias!» Y en las Cortes se llegó a decir que, pues los maestros no sirven bien, no es preciso pagarlos bien. Con esa ocasión expuse mi parecer, que no ha variado y que me interesa reproducir, contestando a esa vulgaridad tan extendida de que «con ser poco lo que cobra el maestro ni siquiera lo gana».

¡Crueldades, injusticias, infamias sin

responsabilidad y, probablemente, sin conciencia del daño que ocasionan! Ya sabemos que el maestro español, obligado por la necesidad, no estima que su única misión sobre la tierra consiste en enseñar a los niños del pueblo las nociones elementales por diez reales diarios. Los padres se llevan sus muchachos al campo. Apenas conceden a las prácticas pedagógicas otro valor que el de las prácticas religiosas. Queda el maestro en la escuela vacía, a solas con sus penurias y sus desfallecimientos, y el más heroico ha de ver cómo va apagándose poco a poco su entusiasmo y cómo le obliga la realidad a convertirse en un lugareño más, a solicitar otros medios de vida, a buscar apoyos, auxilios, trabajos inferiores...

Los más capaces buscan otras salidas. Los que transigen van perdiendo su personalidad o mudándola en formas complejas. Aceptan funciones y cargos que establecen entre ellos y el vecindario relaciones de orden menos puro. Si las estrecheces y privaciones del maestro español consistieran sólo en la exigüedad de sus ingresos, aún podían considerarse felices. Para aceptar con alegría el sacrificio de consagrarse a la enseñanza por mil pesetas al año; para reducir las ambiciones y cumplir cordialmente un deber que redundaba en beneficio de la patria; para ser sin amargura maestro de escuela, hace falta que el pueblo alcance la belleza moral de esa consagración. Sí. Es muy hermoso comprender la propia limitación, aceptarla, no resignados, sino contentos; dedicarse de un modo perdurable a la tarea, que alguien ha de hacer, de roturar inteligencias; pero, ¡por Dios!, que acompañe a la labor del maestro la simpatía y el respeto de todos; que sea, en cada pueblo, como un grano

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

de sal para sazonar el desabrido vivir del aldeano. Y, por encima de esto, que aquí, en Madrid, donde se centralizan el poder y la murmuración, no demos por toda recompensa a su esfuerzo el pago de cotizarlos por bajo de sus mil pesetas.

En el fondo no hay tal cuestión previa. No hay sino el deseo de alejar un gasto que se considera ocioso o, por lo menos, inoportuno. Por ello es preciso remover la acción social y la iniciativa privada, mientras lleguemos a tiempos capaces de com-

prender que en la vida triunfan los pueblos más cultos y que los gastos de enseñanza son los más urgentes gastos de guerra.

LUIS BELLO

(De *El Sol*, Madrid)

SIN repetir lugares comunes sobre la importancia de la Historia ni declarar que es maestra de la vida, *magistra vitae*, o afirmar, como Niebuhr, historiador de la edad romántica, que es intérprete de la Eternidad, podríamos deplorar que, en nuestras democracias mozas, se clausuraran las décadas sin que se manifestaran serios esfuerzos para evocar y juzgar el pasado. Pueblo que no se preocupa de su propia historia es, en cierta manera, pueblo sin tradición y sin experiencia; colectividad que de continuo improvisa, repite tristemente errores y avanza, desorbitada e insegura, por las rutas del mundo.

Tal no es ya la situación presente. De Norte a Sur asistimos a tentativas coordinadas para dar nueva vida a épocas fenecidas. ¿Dónde no se publican folletos y libros después de serio examen de documentos? No siempre se liberta de pasiones esta minuciosa investigación: nadie ha olvidado en cincuenta años o en un siglo dolores y esperanzas. Pero, allí está el documento, la memoria, se vuelcan los archivos y una curiosidad vehemente nos entrega magníficos testimonios. En torno a Bolívar y su gesta pululan los volúmenes. Nadie ha contribuido con más tesón y amor que Blanco Fombona a multiplicar libros sobre el Héroe.

Naturalmente, nunca faltaron historiadores en el continente. De Baralt, de López, animador de los fastos argentinos, de Lucas Alemán quedan Historias importantes. No se discute sus méritos, larga paciencia, claridad, entusiasmo. Amamos siempre la biografía apasionada, la evocación romántica; pero a medida que se perfeccionan los métodos, que se lleva al estudio de tiempos muertos precisión y solidez, pedimos otros libros; nuestro gusto, sin desdeñar el encanto de adivinaciones e intuiciones, acusa certidumbres. La interpretación de testimonios, el análisis de manuscritos, el estudio comparativo, obedece a reglas ciertas. Tratados como el de Beraheim o el de Langlois enseñan a escribir libros de historia.

El historiador se forma. No todos han de poseer los dones rarísimos de Michelet o de Carlyle, un singular poder para animar osamentas, y resucitar períodos enteros de la vida de un pueblo. Preparados en admira-

bles escuelas surgen escritores que aciertan e interesan; tal Madellin, Funck-Brentano o Lenotre en Francia, o Volpe en Italia, o con mayor ambición un Meyer en Alemania, investigadores contemporáneos graves y lúcidos que imitan su esfuerzo y nos dan, en vez de historias del mundo o vastos panoramas, biografías completas y anales claros donde se maridan la erudición, la reflexión, la exposición elegante, analogías y paralelos.

En el Brasil, Oliveira Lima me parece el representante de las mejores tendencias de hoy. Ni se pierde en el detalle ni desdeña la síntesis. En Venezuela, al lado de Gil Fortoul y de su importante construcción—volúmenes de sabia simplificación—donde abundan ideas de sociólogos, toda una escuela prospera y extiende su visión. Recordaré solamente la obra notable y reciente que ha escrito Parra Pérez, brillante espíritu, sobre Miranda el Precursor, después de haber visitado muchos archivos de Europa. En Colombia abundan biografías y extensos estudios. En la obra de un joven escritor, Raymundo Rivas, hallamos ya caracteres magistrales. Hace poco me recordaba Cornelio Hispano, en vísperas de volver a Bogotá, cuántos volúmenes ha dedicado a Bolívar sin olvidar la impresión del famoso Diario de Bucaramanga que rivaliza a veces con los testimonios de Eckermann sobre Goethe o de Poschinger sobre Bismarck.

En México don Justo Sierra, que simpatiza con la obra de Porfirio Díaz y del partido *científico*, escribió páginas de vigor sintético sobre la historia nacional. Ahora empieza a ser estudiada imparcialmente la época del Dictador, en libros minuciosos, sin odio y sin entusiasmo. En la Argentina, Paul Groussac, escritor francés instalado en Buenos Aires, enseñó prácticamente cómo se escribe historia según modernos métodos, no siempre imparcialmente, pero sí con brillo y seguridad. Su libro sobre

Liniers contiene capítulos admirables. Saldías estudió la época de Rosas, la lenta formación de la unidad en interesantes volúmenes, al mismo tiempo que Ernesto Quesada evocaba la figura del tirano, Luis XI de la historia argentina, en un excelente ensayo de estilo europeo. Juan Agustín García imitó con acierto a Fustel de Coulanges y describió los aspectos más principales de Ciudad Indiana como aquél, en una monografía incomparable, la evolución de la Ciudad Antigua.

No citaré más nombres y nuevos libros. Lo que interesa, en recientes tentativas, no es la cantidad sino el espíritu. Nadie improvisa ya. El escritor renuncia a la retórica, al paralelo constante con los hombres de Plutarco. Se busca la verdad pacientemente, se cataloga documentos, se compara y se coordina testimonios; en vez de la seca cronología se traza, en el curso de los acontecimientos, direcciones generales. A veces el espíritu inclinado a la exaltación acumula libros sin fatiga: Chile ha pecado por exceso. Ha dado tal importancia a su propia historia que Menéndez Pelayo sonreía al recordar, como manifestación de orgullo inexplicable, la obra de Barros Arana. El pasado del país estudiado en un número de tomos superior al que empleó Mommsen para narrar el progreso de Roma, desde su modesto origen hasta el esplendor imperial y el dominio sobre el mundo.

Pero, ¿qué importa ese ingenuo entusiasmo si contribuye a suscitar tratados más meditados, obras de análisis preciso! Actualmente, también en numerosos libros, Alcides Arguedas estudia la vida republicana de Bolivia, cien años inciertos o trágicos. El patriotismo o más bien una viciosa dirección de este sentimiento—el chovinismo—protesta y le acusa, porque sufre al leer relatos fríos, lúcidos, implacables, de un libre y grande espíritu. ¿Como, exclama, tantas miserias, personajes de ópera bufa, tiranos sin grandeza? El historiador cita cartas, documentos, periódicos. En diez años reunió materiales. ¿Cuántos bienes para el futuro de Bolivia de tan amarga lección, qué profundas modificaciones engendrará esta labor cuando la lean hombres resueltos y capaces! Entonces, quien parece enemigo del

Comentarios

El progreso de los estudios históricos en América

(De *El Comercio*, Lima).

pueblo, como en el drama de Ibsen, será saludado como regenerador.

* *

¡Ojalá se afirmara en el Perú, de la misma manera que en vecinas repúblicas y pueblos rivales, la afición a la historia! Nos hacen ventaja casi todas las naciones del pasado menos suntuoso que el nuestro! ¿Buscaremos, en obras de escritores enemigos, la

verdad sobre lo que fuimos, informaciones y críticas? Sería continuar en estado de ominosa dependencia. Allí están, sin embargo, los archivos silenciosos, las bibliotecas provinciales, las cartas, los periódicos de cada época. Que a ellos llegue *sine ira*, como aconsejaba el historiador clásico, pero con voluntad de buscar y publicar la verdad un grupo de historiadores fla-

mantes, y tendremos libros de acción durable, enseñanzas indiscutible, sentirá la gente nueva que gravitan sobre ella épocas, acontecimientos, errores; y que las tumbas encierran un imperativo, si no es una fatalidad.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, agosto de 1925.

Lírica puertorriqueña

(Poetas de la nueva generación)

El dolor desconocido

Hoy me he dado a pensar en el dolor lejano que sentirá mi carne, allá en sus aposentos y arrabales remotos, que se quedan a oscuras en su mundo de sombras y de instintos espesos.

A veces, de sus roncros altamares ocultos, de esas inexploradas distancias, vienen ecos tan vagos, que se pierden como ondas desmayadas sobre una playa inmóvil de bruma y de silencio. Son mensajes que llegan desesperadamente del ignorado fondo de estos dramas secretos: gritos de auxilio, voces de socorro, gemidos, como un navío enorme que naufraga a lo lejos.

A veces, sin motivos ni causas conocidas, se me llena la risa de lágrimas y siento un picor de inquietud que arranca de los hondos distritos alumbrados por un claror de sueño. Oh! esos limbos hundidos en tinieblas cerradas; esos desconocidos horizontes internos que subterráneamente se alargan en nosotros, distantes de las zonas de luz del pensamiento!

Quizás las más profundas tragedias interiores, los más graves sucesos, pasan en esos mudos arrabales de sombra sin que llegue a nosotros el más vago lamento; y tal vez, cuando estamos riendo a carcajadas, somos el tenebroso escenario grotesco, de ese horrible dolor que no tiene respuesta y cuya voz inútil se pierde sobre el viento.

LUIS PALÉS MATOS

Vulgaridad

Los hombres que se asoman curiosos a mi vida se detienen al margen de mi hondura interior, y sus palabras torpes les cierra la florida ruta hacia mis tesoros de más raro fulgor.

La idea, ya iniciada, retorna al virginal regazo donde vibra lo inefable, y bajo la amargura de una frase vulgar escondo mi esperanza irrealizable...

CONCHA MELÉNDEZ

Gesto

Con los puños cerrados daremos en las puertas. ¡Abrirán! ¡Abrirán!

Y cuando con sus manos femeniles protesten, presentaremos nuestras espaldas musculosas, ¡y ellos comprenderán...!

A sus palacios cante la piqueta su estrofa...

¡Sus hijos sonreirán!

Y a pleno sol, y a pleno sol, ¡a pleno sol!, se quemarán...

Pisotaremos cifras, y joyas, y medallas.

¡Pisotear! ¡Pisotear!

Para hacer nuestro el aire, la tierra, el mar...

Y una savia más joven por la espalda del mundo circulará...

Dios, desde las ventanas del cielo, ha de decir:

—Y ahora, ¡descansad!

Descansaremos sobre la tierra libre;

y al despertar,

daremos nuestro grito:

—¡Felicidad! ¡Felicidad!

VICENTE PALÉS MATOS

Futurismo

"América para la Humanidad"

—América! ¡América!—exclaman, sedientos de un vino de vida, los labios que tuestan las llamas del odio mortal, y América exprime la vida de la paz, que convida como el rojo licor de la copa del místico Graal

Se remoza la antigua aventura emprendida por aquellos audaces marinos del Argos triunfal; pero ya no es propicia al ensueño la espada homicida, ni el dorado vellón de la oveja retuerce su intacta espiral.

Milenarias caobas afincan al viento las tiendas, donde el éxodo acampa y restriega el bisonte su recio testuz. Ceres vuelca en las pampas su cuerno de opimas ofrendas;

Helios pone en los frutos y venas, de un vino de vida el trasluz; y las dulces palabras que Cristo legó a las leyendas, iluminan de rosas la negra crueldad de la Cruz.

JESÚS MARÍA LAGO

(Envío de V. GEIGEL-POLANCO, Santurce, Puerto Rico, 1925).